Don Laureano Calderón y Arana.

4 de Julio de 1847 ✕ 4 de Marzo de 1894.

Partida de nacimiento.

Certifico como Teniente mayor de Cura de la Iglesia Parroquial de San Luis de esta Corte, que en el Libro cuarenta y seis de Bautismos al folio setenta y ocho se halla la siguiente:=**Partida**. En la Villa de Madrid á nueve de Julio de mil ochocientos cuarenta y siete, Yo D. Pedro Alba, Teniente Cura de la Iglesia Parroquial de San Luis, Bauticé solemnemente á un niño que nació el día cuatro del referido mes y año, hijo legítimo de D. Antonio María Calderón, natural del lugar de Campuzano, Diócesis de Santander, y D.ª María Ignacia Arana de Barrenechea, natural de Usurbil, Diócesis de Pamplona; abuelos paternos, D. Joaquín, natural de Lieneres, obispado de Santander y D.ª Estéfana Díaz de Lafuente, natural de dicho lugar de Campuzano; maternos, D. Antonio Arana, natural de Fuenterrabía y D.ª Manuela Barrenechea, de Usurbil, ambos pueblos del obispado de Pamplona. Se le puso por nombre Antonio, Tomás, Laureano: fué su padrino D. Tomás Pérez Anguita, Abogado de los Tribunales de la nación, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones que por él contrae. Testigos D. Julián Iluezar y D. Casiano García, Sacristanes de esta Iglesia, y para que conste lo firmo en el expresado día, mes y año =*Pedro de Alva*.

Corresponde á la letra con su original á que me remito. San Luis de Madrid, quince de Enero de mil ochocientos cincuenta y tres.—Rubricado, *Pedro de Alva*.—Hay un sello de la Parroquia.

A LA MEMORIA

DE

Don Laureano Calderón y Arana.

Dedicándola íntegro el presente número, LA FARMACIA MODERNA, tan frecuentemente honrada con los escritos del sabio y malogrado amigo, guarda hoy silencioso duelo y duplica sus páginas para incluir todas las ofrendas de admiración y cariño que el profesorado español la consagra.

Ciertamente, de este modo, el número 10 del presente año resultará el más valioso de nuestra colección, por los hermosos sentimientos que revela y los altos conceptos que encierra; caracterizando el recuerdo de un suceso tan tristemente memorable para la ciencia española.

Sintiendo nosotros del mismo modo y con igual intensidad que nuestros distinguidos colaboradores y creyendo que todos hemos cumplido un deber sagrado, les enviamos la expresión de nuestra profunda gratitud.

ANGEL BELLOGÍN. LUIS SIBONI.

NOTAS BIOGRÁFICAS.

¡Calderón ha muerto! El sabio catedrático de Química Biológica, falleció el día 4 del presente Marzo, á la edad de cuarenta y seis años; con su muerte, ha perdido España uno de sus más preclaros hijos, y la Ciencia, uno de sus más entusiastas cultivadores y uno de sus más eminentes representantes.

Laureano Calderón, á pesar de haber nacido en Madrid en una época de absoluto servilismo en que eran raros los hombres que escapaban al contagio de la hipocresía y de la adulación, estaba dotado de una alma noble y generosa, de un corazón sediento de progreso y repleto de levantados propósitos, de una inteligencia privilegiada y extraordinaria y de un carácter á la par recto y bondadoso que, del mismo modo que sufría resignado las contrariedades y disgustos, sabía responder con la energía y los alientos que le daban el cumplimiento del deber y su ejemplar comportamiento á las incomprensibles y ridículas artimañas de que fué víctima.

Como hombre de poderosa inteligencia y de una honradez ideal y sintiéndose con sobradas fuerzas para labrarse un brillante porvenir, jamás buscó una recompensa ni jamás se doblegó ante las estúpidas exigencias de los poderosos.

Verdadero apasionado del hogar, era Calderón de aquellos hombres que, desengañados de la fatuidad aparatosa social y de las veleidades de sus semejantes, solo encontraba en el seno de la familia, con la que compartía todas sus glorias y sus desgracias, ese calor que alienta para emprender grandes empresas y ese bálsamo que fortifica en los días de dolor é incita á nuevos laureles en los días venturosos. Por esto nunca le encontrábais en

esas fiestas con que parece que la Sociedad se desprende del yugo que la sujeta en esta mísera vida y afronta descaradamente los sinsabores que amargan su existencia; por esto solo le encontrábais en su casa, en donde el amor rebosaba por todas partes y en donde solo entraban contadísimos amigos con los que compartía fiel y sinceramente parte de ese amor y con los únicos que cambiaba sus impresiones y pensamientos, considerándoles por el profundo afecto que les profesaba, como un indispensable complemento de su familia.

Si sus contados amigos íntimos que se honraban con su confianza le llorarán eternamente ¿cómo es posible que se agote el llanto de su virtuosa esposa, de su angelical hija y de sus queridos hermanos? Terminación natural y forzosa de todo ser vivo, es la muerte. Pero aparte de esta consideración filosófica, si hay otra que pueda endulzar, no borrar ni extinguir, el desconsuelo causado por su muerte, es la de la impotente manifestación de duelo que su entierro representó.

El entierro.

Aplazado el entierro para el día 6 á las diez de la mañana, fué una de esas manifestaciones que dejan grato recuerdo en el alma, porque aquel sabio que en vida casi era un raro ejemplar olvidado, tan pronto como se supo la triste nueva de su muerte, todos los hombres de ciencia y los más caracterizados por su saber ó su representación, fueron á rendir el último tributo al que, por sus indiscutibles méritos, representaba una verdadera gloria nacional.

A las nueve y media empezó á acudir á la casa donde vivía tan sabio maestro, un numeroso público formado por lo más selecto y escogido de los hombres científicos. El féretro, colocado en el cuarto que fué su biblioteca y taller de su trabajo, estaba rodeado por coronas con sentidas dedicatorias; en una se leía *A mi adorado esposo, Isabel—A mi queridísimo papá, Susanita;* en otra *A mi querido hermano, Alfredo—A mi querido tío, María Luisa;* en otra *A mi querido primo, Susana;* en otra *Al queridísimo maestro y jefe, el personal de su Laboratorio;* en otra *A su querido compañero Dr. Calderón, el claustro de la Facultad de Farmacia;* y en otra, de flores naturales, *A mi maestro del alma D. Laureano Calderón, el doctor Codina.*

Poco después de las diez de la mañana organizóse el fúnebre cortejo. El cadáver del eminente profesor encerrado en modesta caja, sobre la cual se ostentaban los atributos de la Facultad de Farmacia, fué colocado en un coche tirado por seis caballos, por más que los alumnos de farmacia habían pedido repetidas veces conducirlo á hombros.

Llevaban las cintas representantes de la Facultad de Farmacia, del Ateneo, de la familia, de su Laboratorio, de la prensa profesional y de la política. Presidían el duelo el Director de Instrucción pública D. Eduardo Vincenti, el Decano de la Facultad de Farmacia D. Fausto Garagarza, el hermano del difunto D. Alfredo Calderón, el Presidente del Ateneo D. Gumersindo Azcárate y D. Nicolás Salmerón.

Detrás iba á pie un numeroso acompañamiento formado por lo más escogido en ciencias, artes, política, etc. Aunque es imposible recordar todos los nombres, mencionaremos los que acuden á nuestra memoria: Giner de los Rios, Labra, Pedregal, Cervera, González Serrano, Utor, Elegido, Quereizaeta, Fornos, Jorge Bans, Sardó, Melgarejo, Saenz Montoya, Carracido, Mourelo, Aranzadi, Sabiron, Lázaro, Salmerón García (don Francisco), Pérez Diaz, González Rotwos, Albacete, Hortmann, Cossío, Listran, Siboni, Soria, Jimenez, Martín Muñoz, Cortezo, Ortiz de Pinedo (D. Adelardo), La Puerta, Quiroga, Madrid, Rodriguez (D. Gabriel), León y Llerena, Trompeta, Jameson, Zahonero,

Verdes Montenegro, Santos, Pellico, Sádaba, Mendoza, Ramoneda, Espinosa, Tolosa Latour, Tous, Ruiz de Quevedo, Leal, Gómez Sigura, Rispa Perpiñá, Manzano (D. Alejandro); comisiones del Ateneo, de la Facultad, de la prensa profesional y política, etc.

El cortejo fúnebre pasó por la calle de Fuencarral, entró por la de la Farmacia y se detuvo delante de la Escuela de este nombre, para depositar en el coche las coronas siguientes: una que decía *Los alumnos del doctorado de Farmacia á su querido profesor;* otra *Los alumnos de la Facultad de Farmacia á su ilustre catedrático D. Laureano Calderón*; otra *Los ayudantes de Farmacia al Dr. Calderón;* y otra *Los dependientes de la Facultad de Farmacia al Dr. Calderón* Después continuó por las de Hortaleza, Caballero de Gracia, Peligros, Sevilla, Príncipe y Prado en donde se detuvo también frente al Ateneo, el cual ostentaba colgaduras negras y tenía media puerta cerrada; el Ateneo depositó sobre el coche fúnebre una hermosa corona de laurel con la siguiente dedicatoria: *El Ateneo de Madrid á Laureano Calderón.* Engrosadas las filas del cortejo por los numerosos socios que esperaban á la comitiva, siguió ésta por la Carrera de San Jerónimo, calle de la Lealtad, Paseo de Alfonso XII, Puerta de Alcalá y desde aquí al cementerio en donde se despidió el duelo.

***

Calderón, aunque sólo contaba cuarenta y seis años cuando la muerte nos lo arrebató de entre nosotros, ha producido tanto dentro del campo científico y han sido tan numerosos los laureles extraordinarios que alcanzó, que sólo pueden comprenderse por la vida activísima y por la laboriosidad sin límites que acompañaban á su privilegiada inteligencia.

Discípulo del ilustre químico D. Manuel Rioz y Pedraja, pronto ganó, por oposición, el puesto de ayudante y de auxiliar de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central.

Por las brillantes oposiciones que hizo en 1874, obtuvo el nombramiento de catedrático de Química Orgánica, en la Universidad de Santiago.

Cuando con el fervor religioso de un apostol se dedicaba Calderón á la enseñanza de esta asignatura, vino la reaccionaria orden de Orovio, de aquel gobierno conservador, á herir las fibras más delicadas de su corazón, como eran las que vibraban al son de su dignidad como profesor. Entre las protestas que aquel gobierno recibió del profesorado, seguramente figura en primer término por lo enérgica y lo vehemente la de Calderón, protesta que le valió el ser reducido á prisión, en compañía de D. Augusto González de Linares, en el castillo de San Antón de la Coruña.

Conseguida la libertad y despojado de su cátedra, se trasladó á París en busca de ese alimento intelectual que tanto le regateaba su patria, sin otro equipaje ni otros dispendios que un ferviente y entusiasta amor al estudio y una sed insaciable de aprender.

Son innarrables los numerosos obstáculos que hubo de vencer, una vez se halló en la capital francesa, para hacer compatibles el trabajo á que se veía obligado para atender á las necesidades más perentorias de la vida, con el trabajo que buscaba para alimentar su inteligencia. Pero como jamás se amortiguó la esperanza en su corazón, llegó después de ímprobos trabajos, á ser el discípulo predilecto de Berthelot, al cual ayudó en sus maravillosos estudios de síntesis química, siendo más tarde el continuador de sus preciosos trabajos de termoquímica.

Más tarde salió de Francia, trasladándose á Alemania, y se puso á estudiar cristalografía al lado del célebre Groth, en Estrasburgo, en donde, poco después, fue nombrado Director de trabajos prácticos de Cristalografía y Mineralogía.

Tanto en París como en Estrasburgo, se le ofreció un porvenir seguro y brillante, si se prestaba á renunciar á la nacionalidad española; ¡pero no en balde había nacido en esta tierra y, rehusando tales ofrecimientos, se dispuso á regresar al suelo patrio, encargándose de la instalación y dirección científica de una fábrica de abonos minerales, la cual nunca olvidará los resultados pingües que dió durante la época que él la dirigía.

Miembro de algunas sociedades científicas extranjeras, formaba parte de la Comisión Internacional para la reforma de la nomenclatura química, y fue nombrado varias veces Presidente de honor en los Congresos científicos á que asistió.

Repuesto en el profesorado, le encargaron la explicación de la Química Biológica y de la Historia crítica de la Farmacia. Todos los que nos honramos con el título de discípulos suyos y hemos oído de sus labios las brillantes y claras explicaciones de Química Biológica, sentiremos toda la vida un hondo pesar en el corazón, por el doble motivo de haber perdido tan excelente maestro y de no encontrar, tal vez, quien reuna bastantes condiciones para sustituirle.

Ha sido Presidente reelegido en la Sección de Ciencias naturales del Ateneo de Madrid. En dicho centro ha dado luminosas conferencias, entre las que se cuentan las inolvidables sobre el *protoplasma; origen de la vida*, en las cuales no se sabe qué admirar más, si la galanura de la forma, la profundidad del concepto ó la claridad y sencillez de exposición, por la que tan justamente ha merecido el nombre de vulgarizador científico.

Tenía desde hace algunos años instalado un laboratorio en la calle de Carretas, que había alcanzado tan extraordinario y merecido crédito, que allí acudían de todas partes de España á pedir análisis sobre las más diversas substancias. Llevaba hechos más de dos mil análisis de orina.

Es imposible dar cuenta detallada del gran número de trabajos publicados por tan esclarecido maestro. La mayor parte están publicados en *Revistas* francesas y alemanas, las cuales se disputaban el honor de dar á luz cuanto salía de su pluma.

Ultimamente escribió el discurso de apertura de la Universidad Central *La Química descriptiva y la Química racional*, que produjo honda sensación entre las personas científicas, y la mayor parte del cual fue traducido al francés.

Nuestra BIBLIOTECA cuenta con un prólogo debido á la bien cortada pluma de tan eminente catedrático en la obra de Engel: *Química médica y biológica*.

Por fin, deja inéditos algunos escritos de gran importancia científica, como el de *Los explosivos y pólvoras sin humo* (terminado) y otros que, por desgracia, están por terminar.

*
* *

Con esta sumaria reseña, en forma de nota periodística, ya se comprenderá que la vida de Calderón ha sido vida de una labor no interrumpida y que su muerte no sólo la deben sentir los miembros de su familia, sus amigos, sus discípulos, y en general los hombres científicos, sino que su pérdida la deben llorar todos los españoles, desde el momento que no estamos sobrados de esos hombres que por sus méritos y su saber elevan extraordinariamente el nivel intelectual de su nación.

¡Llorémosle, pues, pero inspirémonos en sus nobles actos y en su constante é infatigable amor al trabajo!

CODINA CASTELLVÍ.

Boletín de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*.—Marzo-22-1894.

El expediente universitario y el Procedimiento judicial.

Muchos de nuestros suscriptores los recuerdan, por la semblanza biográfica del Doctor Calderón publicada en nuestra Revista hace poco más de un año; (1) así, que haremos de él solo una brevisima historia.

Encargado el Sr. Orovio de la cartera de Fomento, en el primer gabinete de la restauración, aquel insignificante Ministro quiso llevar á la enseñanza el espíritu restrictivo y policiaco de su doctrinarismo anacrónico y rutinario, dando lugar á numerosas protestas del profesorado docente. El Decreto-circular que las motivó merece ser conocido y le reproducimos por nota. (2)

Llegada la Circular á los Rectores de los diferentes distritos universitarios y puesta en conocimiento de los Claustros, por sus respectivos Jefes académicos, nuestro malogrado amigo, joven entonces de 27 años y casi recién instalado en la Cátedra de Farmacia químico-orgánica, se consideró obligado á protestar y lo hizo al mismo tiempo que su sabio compañero D. Augusto González de Linares, Catedrático de Historia natural en aquella sección de Ciencias, comenzando para los dos el expediente universitario, que terminó con una Real orden, fecha 12 de Abril de 1875, según la cual «Conformándose en un todo S. M. el Rey (Q. D. G.) con »el dictamen del Consejo de Instrucción pública, tuvo á bien separar á los Catedrá»ticos de la Universidad de Santiago D. Augusto G. de Linares y D. Laureano »Calderón y Arana, dándoles de baja en el escalafón del Profesorado, debiendo

(1) FARMACIA MODERNA, 1892, pág. 463, 480 y 496.

(2) **Fomento.** (*) *Circular de 26 de Febrero de 1875.*

. . . . . «Es, pues, preciso que vigile V. S. con el mayor cuidado para que en los Establecimientos que dependen de su autoridad no se enseñe nada contrario al dogma católico ni á la sana moral.. . . . . , el Gobierno de una monarquía constitucional debe velar con especial esmero, para que se respete y acate el principio político establecido, base y fundamento de todo sistema social.

En lo que toca á esta materia se han publicado ya disposiciones claras y terminantes; pero el Ministro que suscribe faltaría al más sagrado deber, si no encargara á V. S. encarecidamente que, por ningún concepto, tolere que en los Establecimientos dependientes de ese Rectorado se explique nada que ataque directa ni indirectamente á la monarquía constitucional, ni al régimen político, casi unánimemente proclamado por el país.

El Gobierno está convencido de que la mayoría de los maestros y profesores obedecen y acatan el sistema político establecido. . . . . ..; pero si, desdichadamente, V. S., tuviera noticia de que alguno no reconociera el régimen establecido ó explicara contra él, proceda sin ningún género de consideración á la formación del expediente oportuno. . . . . El profesor que no explique todo el programa de la asignatura que le está encomendada ó pretenda ampliarlo más allá de lo razonable, perturba el método general de la enseñanza, altera el orden que debe establecerse entre los conocimientos, para que se transmitan con perfecta claridad, y perjudica á los alumnos pasándoles de unos á otros estudios sin la debida preparación.

Esto entiende el Ministro que suscribe que debe practicarse en todo Establecimiento de enseñanza bien ordenado, encargando á V. S. que lo haga observar en cuanto sea posible.

El vigoroso mantenimiento de la disciplina escolástica, es indispensable para que los Catedráticos puedan desempeñar su noble misión con el debido decoro. . . . . .

Que se cumplan, pues, con pronta y ejemplar exactitud todas las disposiciones que tiendan á premiar la aplicación y á estimular al orden y al trabajo; que no se toleren bajo ningún concepto las faltas de asistencia á las clases, ni mucho menos las de respeto á los profesores; y por último, que se hagan observar dentro de los Establecimientos las reglas de moral y buena educación que marcan los reglamentos.—OROVIO.

(Gaceta de 27 de Febrero.)

(*) Insertamos solo la parte dispositiva de la Circular, reproduciéndola tal como la consigna el Sr. Orbaneja en su Diccionario de la Legislación de Instrucción pública.

»comunicarse esta resolución al Rector de la Universidad, para su cumplimiento y »efectos oportunos.—OROVIO. – *Gaceta del 14 de Abril de 1875.*»

Como el interés de este expediente consiste solo, para nosotros, en conocer el criterio y las apreciaciones individuales del profesor sumariado, basta que reproduzcamos para ello los tres siguientes documentos, inéditos hasta la fecha, y en los cuales se manifiestan uno y otras con toda la serena energía de su carácter y toda la firmeza de sus arraigadas convicciones, que ha conservado hasta el último instante de su existencia.

Son éstos:

I. Habiéndoseme comunicado ayer de orden de V. S. I. por el Sr. Decano de la Facultad de Farmacia, lo dispuesto en el Decreto-circular fecha 26 del próximo mes de Febrero, en el que se contraviene abiertamente á lo contenido en los artículos 17, 21 y 27 del título 1.º de la Ley fundamental del Estado, y en los 7.º, 16 y 17 del Decreto de 21 de Octubre de 1869, elevado á Ley por las Cortes Constituyentes en 20 de Junio del mismo año, debo participar á V. S. I., con el debido respeto, que me niego en absoluto á cumplir, en todo ó en parte, las disposiciones en él contenidas.

Lo que participo á V. S. I para su conocimiento y efectos oportunos.

Dios guarde á V. S. I. muchos años. Santiago 5 de Marzo de 1875.—*Dr. Laureano Calderón y Arana*, Profesor de Farmacia químico orgánica.—Ilmo. Sr. Rector de la Universidad Literaria de Santiago.

II. Hallándome por la invitación de V. S. I., fecha 6 de Marzo, en el caso de ratificarme en mi negativa ó de asentir al cumplimiento de lo prescripto en el Decreto y Circular de 26 de Febrero último y deseando poner de relieve, á más de las prescripciones legales opuestas á su espíritu y letra, los motivos internos de más importancia aún, si cabe, que aquéllas manifestadas en mi anterior comunicación, para legitimar la negativa de que dí cuenta en 5 de Marzo, debo participar á V. S. I., con el debido respeto, después de nuevamente pensado el asunto, razonando aquella mi determinacion, lo siguiente:

Nombrado Catedrático de esta Universidad en una época en que el principio de respeto á la conciencia religiosa individual, así como al de ilegislabilidad del método y sentido para la enseñanza, eran una garantía para el que ingresaba en el profesorado público, de que la libre indagación no había de sufrir el yugo de intervenciones extrañas de todo punto á lo que la augusta magestad de la ciencia exige para ser cultivada, siendo mi firme é inquebrantable convicción que tales obstáculos dificultan y entorpecen el hallazgo de los preciados frutos de la verdad, solo limitado legitimamente por los principios eternos de la moral y el derecho que todo hombre halla dentro de sí; y creyendo, por otra parte, que el cumplimiento de las prescripciones que han motivado mi negativa, haría necesario el sacrificio de principios que tengo como ineludible necesidad para mi fin de Profesor, si éste ha de llenarse con la dignidad requerida á la desobediencia hipócrita á tales mandatos, me ratifico y afirmo en mi negativa á cumplir tales disposiciones opuestas á la Ley y atentatorias á la dignidad del Profesorado.

Lo que participo á V. S. I para su conocimiento y efectos oportunos.

Dios guarde á V. S. I. muchos años. Santiago 7 de Marzo de 1875 —El Profesor de Farmacia químico-orgánica, *Dr. Laureano Calderón y Arana.*—Ilmo. Sr. Rector de la Universidad de Santiago.

III. Debiendo responder al pliego de cargos que V. S. I. se ha servido dirigirme con fecha 20 del actual, de acuerdo con el Consejo Universitario, con objeto de dictar resolución en el expediente que me instruye con motivo de mis comunicaciones fecha 5 y 7 del actual, debo contestar á cada uno de aquéllos, ampliando mi última comunicación, lo siguiente.=Al cargo primero: Que respetando profundamente el catolicismo como forma histórica de religión, y el actual orden de gobierno, no he sido nombrado Profesor para formar catecúmenos de ninguna religión ni partidarios de sistema político alguno, sino solo para enseñar ciencia en la que se busca solo la verdad, sin distinción de orígenes, y que siendo aquella obra lo más sagrado é inviolable de las facultades humanas, se halla siempre á cubierto, sean cuales fueren los acontecimientos, de imposiciones que insultan y menoscaban la dignidad del Profesorado: entendiendo que si bien nunca ha atentado el que suscribe al respeto debido á las instituciones y creencias, sean cuales fueren, no puede aceptar el límite y la fiscalización por los que se aspira á constituir una ciencia basada en principios de gobierno aun desconocidas (pues que no rige constitución alguna) y en las creencias que profesan los actuales gobernantes de nuestro país, barreras ambas que ponen al Profesor á merced de una policía inquisitorial tan ofensiva cuanto inusitada.

Contestación al cargo segundo.—Que si bien no me negaría á señalar libro de texto y á formar un programa de la asignatura que me está confiada, cuando se me pidieran con objeto de conocer el grado de adelantamiento de mi enseñanza, me niego, en tanto que uno y otro no sirven ni son valederos, de no recibir el veredicto de la autoridad, la cual si bien merece sin duda gran acatamiento en otras funciones, no así en esta en que pretende constituirse en censora de sentido y doctrinas, estableciendo inusitadas ortodoxias, fin al cual el que suscribe se niega en absoluto á cooperar, ni menos que á la aceptación de límites en su asignatura, cuyo establecimiento por demás absurdo siempre, lo es mucho más aún tratándose de la enseñanza superior, en la que no solo se exponen las verdades conocidas de la ciencia, como con lamentable inexactitud se afirma en la Circular, sino también las hipótesis, conjeturas y aún errores que hoy la constituyen y cuya distinción no creemos posible, ni aún para la elevada capacidad del Excmo Sr. Ministro de Fomento.

Contestación al cargo tercero.—Que entendiendo que la enseñanza se rebaja y bastardea siempre que toma el carácter de imposición dictatorial, y que la misión del Profesor no es reunir un auditorio de esclavos, sino una concurrencia de auxiliares para su obra, interesados por el fin que los mueve, rehusa el que suscribe aceptar el medio mecánico de la asisiencia obligatoria para reunir en su cátedra los cuerpos de sus alumnos, negándose por otra parte á aceptar, siquiera consejo, respecto de los miramientos que los alumnos deben guardar en la cátedra, pues que no ha dado nunca ocasión para que se le recuerden deberes á que jamás ha faltado, consejo contra el cual protestaría como altamente ofensivo, á no creerlo dirigido por la necesidad de la redacción exclusivamente.

Contestación al cargo cuarto.—Que juzgando, según ya participé á V. S. I en mi comunicación fecha 7 del actual, que el sentido y carácter del Real Decreto y Circular fecha 26 de Febrero, aparte de su ilegalidad mostrada en mi comunicación fecha 5 del actual, manifiestan claramente la tendencia á reducir al Profesor de la categoría de un hombre libre intérprete de su elevada función á la de un reflejo de las opiniones que profese el gobierno, sopena de ser un criminal expuesto á la denuncia; de la condición de científico que elabora su enseñanza formada por sí con toda la sana intención de que es capaz, á la de mero repetidor del texto que haya merecido la aprobación superior, arrogándose así el gobierno facultades que suponen en menoscabo de las atribuciones del Profesor, de la misión de maestro que despierta en sus alumnos amor á la ciencia, utilizando los infinitos medios que para tal fin se hallan á su alcance, en repulsiva y despó-

tica autoridad que se rodea de pacientes servidores que recojan forzosamente su enseñanza, recitación de tal ó cual texto; pensando que el sentido de las prescripciones legales contenidas en el Decreto y Circular anulan el criterio y pensamiento del Profesor, para sustituirle con el que la autoridad gubernativa estime conveniente, menguando así fueros universalmente reconocidos; me niego á cumplir tales disposiciones comunicadas por la celosa autoridad de V. S , que según he tenido ocasión de manifestar rebajan la dignidad y el decoro del profesorado hasta donde no es dable al que subscribe tolerarlo.

Lo que participo á V. S. I. para su conocimiento y demás efectos.—Dios guarde á V. S. I. muchos años.—Santiago 25 de Marzo de 1875.—*Dr. Laureano Calderón Arana.* —Ilmo. Sr. Rector de la Universidad de Santiago.

Además de soportar el expediente académico, los señores Linares y Calderón fueron objeto de un procedimiento judicial, por supuestas ofensas al gobierno de S. M.

Las tales ofensas se referian al hecho de haber protestado de la conducta arbitraria del mismo gobierno contra el Dr. Giner de los Rios, declarándose además solidarios de los actos de este profesor insigne, y dirigiendo desde Santiago el siguiente telegrama al Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

«En nombre del respeto debido por la razón y consagrado por las leyes á la persona y dignidad, no ya del profesor, sino del hombre tan solo, protestamos con toda decisión y energía del acto de fuerza y atropello ejercido con el Profesor Doctor Giner de los Rios, de cuya conducta nos hicimos y hacemos otra vez solidarios.»

Incoado contra ellos el procedimiento, que en su primera fase les valió estar presos bastantes dias en el Castillo de San Antón de la Coruña, se decidieron á expatriarse, trasladándose á Paris, donde por exhorto del Juzgado de Santiago se les notificó la sentencia de éste, que consistia en seis meses de prisión, 150 pesetas de multa y las costas. Aunque el Juzgado les invitaba á designar procurador y abogado, para defenderse en la Audiencia, renunciaron tan irrisorio derecho y prefirieron aprovechar el tiempo, dedicándose cada uno á sus estudios favoritos, en los centros más sabios de Europa.

En esta situación continuaron seis años, puesto que la R. O. de separación, fecha 12 de Abril de 1875, no fué derogada hasta 3 de Marzo de 1881, por otra R. O. en la cual el Ministro Sr. Albareda les declara reintegrados en todos sus derechos, disponiendo sean incluídos en el lugar correspondiente del escalafón, abonándolos el tiempo, los ascensos y haberes, como si no hubieran cesado en el desempeño de sus cargos.

En 30 del mismo mes y año fué el Dr. Calderón declarado excedente, por haberse provisto su cátedra de Farmacia química-orgánica de la Facultad de Santiago, y en 28 de Julio de 1888, previo concurso y á propuesta del Consejo de Instrucción pública, fué nombrado catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central, con destino á las cátedras de Química Biológica é Historia crítica de la Farmacia.

Calderón como Profesor de Química biológica. (1)

Por infausta nueva me veo obligado á molestar cortos instantes vuestra benévola atención, aunque mi estado de ánimo no sea el más apropósito para llenar con el desahogo debido y el desembarazo necesario la elevada y trascendental misión que se me ha confiado.

Cuando el dolor agobia el alma, y la desgracia aflige el corazón y la tristeza inunda de lágrimas los ojos, las ideas brotan perezosamente del cerebro y la voz se anuda y se detiene en la garganta, como si todas las funciones que nos ponen en mútua y entendida relación, se sintieran atraidas por el reposo y la soledad que acompañan, en la helada tumba, al ser queridísimo que se ha perdido. Pero cuando éste deja una historia tan brillante como Calderón y se trata de un hombre como éste, que no sólo era un ejemplar esposo, un padre recto y tiernísimo, un amigo fiel y constante y un cumplido y honrado caballero; que no solo ha sido un sabio profesor, un químico eminente, un profundo filósofo, un gran físico y un gran matemático, un elocuente orador y un ilustre presidente de esta sección, sino que ha merecido el alto honor de explicar en una Universidad alemana, el indiscutible mérito de formar parte de la Comisión internacional para la Reforma de la nomenclatura química, la cual aceptó la mayor parte de sus proposiciones, y el regateado nombramiento de Presidente de honor de la Sección de Química, en el Congreso de Pau, para el adelanto de las Ciencias, (1892) sino que en todas las naciones que ha visitado ha sabido colocar á España á gran altura, siéntese uno impulsado á pregonar en todas las formas y en todos los sitios la valía extraordinaria de este hombre, que representa indiscutiblemente una verdadera gloria nacional.

No solo es la esposa, ni el hijo, ni el discípulo, ni el amigo, los que están de luto; con la muerte de tan ilustre varón todos los corazones españoles que esperan con impaciencia el nuevo engrandecimiento y ansían con interés nuestra regeneración, deben afligirse y entristecerse, porque con él han perdido un incansable campeón, un esforzado adalid. España está de luto.

Entre los diversos aspectos que tiene la figura de Calderón hay uno que, por lo característico, por lo extraordinario y por lo raro, merece algo más que el restringido nombre de aspecto, tal es el de profesor. Tenía el sabio catedrático una idea tan digna y elevada del sacerdocio profesional que bien lo probó prefiriendo el encarcelamiento, en San Antón de la Coruña, á dejarse pisotear la severa toga que estimaba, cuando menos, tanto como su dignidad y su honor, sin petulencia ampulosa, ni estúpida pretensión; no solo era profesor en la cátedra, sino también inconscientemente en su Laboratorio, en el Ateneo y en la conversación; por su vasta cultura y su extraordinaria ilustración, llenaba cumplidamente todos los requisitos de un excelente y ejemplar maestro. Solo teniendo en cuenta sus excepcionales condiciones, se comprende supiera vencer con arte y habilidad, el sin número de dificultades y de obstáculos con que sus alumnos tropezaban para comprender claramente la inmensa importancia de la Química Biológica.

Compuesto su auditorio de una masa heterogénea formada, una parte por médicos, la mayoría de ellos habiendo olvidado hasta las nociones más fundamentales de la química, y de otra por farmacéuticos á los cuales no se les había enseñado ni los más rudimentarios principios de la fisiología, difícil era dar con los medios que hicieran fructífero el

(1) Extracto del discurso pronunciado en la velada organizada en el Ateneo, para honrar la memoria de Calderón.

estudio de la Química Biológica á los dos grupos. Sin embargo, basta interrogar á cualquiera de sus discípulos sobre este punto y su contestación os convencerá de que solo el talento y la inteligencia de Calderón podían hacer las maravillas que á todos nos admiraban.

Yo, que me honro con el título de discípulo suyo, puedo deciros que con ser atrayente su enseñanza, por su fácil palabra y correcta dicción, valían muy poco estas condiciones (con valer mucho) al lado de ese arte mágico que poseía, de exponer con una claridad y sencillez admirables los problemas más árduos, difíciles, obscuros y embrollados, arte que le ha valido el justo y merecido nombre de *vulgarizadar científico.*

Si hubiéseis oido de sus labios aquellas lecciones dedicadas al estudio de la afinidad, de las funciones químicas, de la relación entre la composición química de los cuerpos y la forma cristalográfica, entre la composición y la masa, entre la composición y las propiedades ópticas, entre la composición y las propiedades térmicas, entre la composición y las propiedades fisiológicas, etc., en donde se ocupaba de las teorías de Hermann Kopp, Landolt, Black, Dujardin-Beaumetz, etc., y los no menos interesantísimos sobre el calor animal, fundándolos en los principios de la termodinámica y termoquímica, comprenderíais que todo elogio que se haga de tan relevante maestro y excepcional profesor, nunca llegará á ser más que un pálido reflejo de lo que merece en realidad.

Calderón era de aquellos contados profesores que, con arreglar su lección antes de ir á clase, salía de ella sin haber dicho ni una palabra de lo que antes se había propuesto; de aquellos que vivían por tener su asignatura al corriente de la última novedad y del último descubrimiento, y por ende de aquellos que la explicación que daban durante un curso difería por completo de la que daban en el curso venidero, transformando por este sencillo, aunque laborioso mecanismo, una asignatura que hubiera representado una repugnante y apergaminada momia en manos de tantos otros, por su inalterabilidad en el transcurso de los años, en un ser dotado de vida por sus cambios y mutaciones, por su comercio con el medio ambiente y por sus perfeccionamientos.

En sus relaciones con los alumnos, más que un severo maestro era un cariñoso y modestísimo compañero. Siendo, como es, la modestia compañera inseparable de la sabiduria, llegaba á tal extremo la suya que jamás consintió tener un alumno con el sombrero en la mano, estando él cubierto, ni dejó de corresponder en igual forma al saludo que recibiera. En su afán de propagar la ciencia, todo alumno que le iba á exponer cualquiera dificultad que le impidiera comprender el objeto de sus estudios salía complacido de la amabilidad y cortesía con que le había tratado.

Tal vez, por la finura en el trato y por la gran consideración que le merecían sus alumnos, aparte de la simpatía y el respeto que siempre entrañan las grandes inteligencias, consiguió este profesor que le tuvieran un respeto tan extraordinaeio, que rayaba algunas veces hasta el verdadero temor, respeto y temor que otros no han conseguido abusando de un modo absoluto y hasta arbitrario de su autoridad.

Más que puntual en su cátedra, era matemático, y se oían con tan religioso silencio sus explicaciones que al llegar tarde un alumno, ó no se atrevía á entrar, por miedo á profanar con el ruido aquella sagrada mansión ó, si entraba, se valía de todas las precauciones (incluso el caminar de puntillas) para no perturbar con el más leve rumor la atención de los oyentes y el entusiasmo del maestro. Todas estas cualidades se aunaban para que su cátedra fuese una de las más concurridas, tanto de alumnos como de oyentes, á pesar de no haber cogido en clase ni una sola vez la lista oficial, ni haber puesto nunca una falta de asistencia.

Con cualidades tan excepcionales, con un talento tan extraordinario, con una inteli-

gencia tan privilegiada y una cultura tan general, solo le faltaba para ser un profesor modelo, tal como nos lo imaginamos, que fuera productor: pues ahí teneis esparcidos sus originales y numerosos trabajos por las más acreditadas Revistas extranjeras, las cuales se los disputaban como una verdadera honra para sus páginas.

Y antes de terminar, considero necesario decir dos palabras sobre la creencia general de considerar á Calderón como un profesor rigoroso en los exámenes, rigoroso en el sentido de ser más exigente de lo que se debe ser. Que Calderón era más exigente que lo son otros profesores, es cierto; que antes de formar parte él del Doctorado en medicina se doctoraban mayor número de médicos y con más facilidad, no hay duda; que tenía unos impresos especiales para contestar á las recomendaciones, no puede negarse; pero esto no es una prueba de que fuese más exigente de lo que se debe ser. Cónstame á mi que, con profesar tan ilustre catedrático un ódio terrible á los exámenes, gozaba extraordinariamente cuando veía un brillante examen y sentía un inefable placer cuando un alumno le demostraba ser conocedor de su asignatura. Calderón, recto en todo, hasta en sus conveniencias, de alma bien templada y de corazón tan exuberante, de levantados propósitos, desafiaba, sino con gusto, con entereza, todas las contrariedades que le ocasionaba tan honrosísimo proceder, antes de dar conscientemente el visto bueno para poder entrar en el profesorado, á un alumno que demostraba no merecerlo.

Calderón, que comenzó su carrera profesional respondiendo con valentía y heroismo al ultraje lanzado por Orovio contra el magisterio, merced á su nobleza de ánimo y á su honradez científica, la ha terminado más honrado y más noble si cabe, sin que hayan bastado los años de amenazas y sufrimientos á contagiarle del enervante y corruptor favoritismo; la ha terminado siendo el que daba los pases para poder llegar á formar dignamente en el claustro de la Facultad.

Réstanos solo, para concluir, recordaros los importantes servicios de vulgarización científica que á tan eminente profesor y esclarecido maestro le debe el Ateneo, por los cuales, y por su indiscutible sabiduría, confío verle pronto en la galería de este salón, al lado de los hombres ilustres que lo dignifican, para que ante él podamos descubrirnos, y nos inspiremos evocando el recuerdo del inmenso caudal de sus conocimientos.

JOSÉ CODINA CASTELLVÍ.

Secretario 1.º de la Sección de Ciencias naturales en el Ateneo de Madrid.

La personalidad científica de Laureano Calderón.

Menéndez Pelayo acaba de plantear franca y resueltamente la árdua cuestión de nuestra perpétua esterilidad científica en los tiempos modernos. El arte español y la literatura española rayan donde los más altos; para el ilustre crítico es indudable también que existe una valiosísima filosofía española; sólo el suelo de la ciencia experimental, de los estudios físico-naturales de todo linaje, muéstrase en esta tierra, ó por completo estéril ó pobre en demasía. ¿Por qué? Tal es el problema, no tan fácil de resolver como pudiera creerse.

Entretanto la solución interesa hoy más que nunca, desde el punto de vista de esta civilización que se declara á sí misma, y lo es en realidad, eminentemente científica. Florece el arte, se dice, en pueblos y edades bárbaros ó semi bárbaros; cabe una gran

filosofía al lado de una cultura á todas luces deficiente; la ciencia pura es el único signo que marca la plenitud de los tiempos. Y bien; ¿acaso esa plenitud nos está vedada á la gente hispana? Hé aquí todo el alcance del problema.

*
* *

Y no es que seamos incapaces de comprender la ciencia, sinó de producirla. La física, la química, la fisiología, creadas por italianos, alemanes, ingleses y franceses, y ya reducidas á conceptos en libros, revistas, folletos y discursos, llegan hasta nosotros, y en el acto nos apoderamos de ellas, y nos las asimilamos con singular facilidad y agudeza de ingenio, y hasta, si se quiere, damos quince y raya al más pintado en eso de especular sobre tales datos, síntesis más ó menos trascendentales, y de sacar largas deducciones, y de idear doctrinas y sistemas. Nuestros Ateneos, nuestras oposiciones á cátedras, nuestro modestísimo movimiento científico-literario, (el único que consienten la economía y cultura del país), son de esta verdad testimonio.

¿Dónde está entretanto la creación en esta esfera intelectual de tan suprema importancia? Nos asimilamos, consumimos la ciencia importada; ¿qué producimos en cambio?; ¿qué damos á la exportación? Aquí es donde nuestra inferioridad reconocida é innegable aparece. ¡Es una balanza de comercio que se salda siempre con el más deshonroso déficit contra nosotros!

Al lado de esos grandes nombres que suenan Berthelot, Virchow, Pasteur, Claudio Bernard, Tyndall, Broca, Koch, Darwin, Sechi..... y que representan otras tantas creaciones científicas ¿qué nombres tenemos que poner para llenar la historia de la ciencia en el siglo XIX? ¡La misma inanidad ó pobreza que en las pasadas décima-octava y décima-sétima centuria!

Y yó, que profeso letras y no ciencias, debo añadir que otro tanto, y aun más acentuadamente, ocurre en mi campo. ¡Medradas andan entre nosotros las investigaciones originales en las ciencias filológicas, históricas, psicológicas, sociológicas y demás derivadas y hermanas! Todavía la clínica obligada, la clínica del oficio, en médicos, ingenieros, marinos, artilleros, farmacéuticos, impulsa, más ó menos consciente ó inconscientemente, con mayor ó menor intención, á cierta experimentación personal y observación directa, fuente siempre de algún original saber; mas la índole de nuestras profesiones y estudios, (en los que por otra parte cabe la investigación experimental no menos que en los físicos y naturales), favorece sin duda la tendencia ideológica, el abuso retórico y el conocimiento de segunda mano por libros y discursos, no por exploración viva é inmediata de las cosas.

En resolución, hasta ahora nuestra cultura moderna desde el siglo XVI acá y á partir de la desaparición completa de las opulentas reliquias legadas á la patria común por la gente semita y del rápido eclipse de nuestro breve aunque glorioso renacimiento, no ha logrado graduarse de científica, y, si nuestro caudal es riquísimo en productos artísticos y digno de estima en los filosóficos, no se muestra sinó pobre hasta la indigencia en los científicos.

*
* *

Laureano Calderón era un productor científico en todo el valor y alcance de la frase; un productor de verdad, genuino, vigoroso, de raza; un productor (y esto vale más) con marca acreditada y conocidísima en España y fuera de España. Investigador original, explorador de la naturaleza con medios y fuerzas propios, inventor de aspectos nuevos y

nuevas verdades en lo estudiado, figuraba en primera línea dentro de esa media docena de nombres que aquí representan hoy la producción científica y la contribución positiva al saber europeo.

Era éste sin duda el rasgo personal de Laureano Calderón: sin perder el sello de la raza, había sabido adquirir las cualidades germánicas que caracterizan al sabio. Su primera educación fué filosófica: discípulo entusiasta de Sanz del Rio y Paco Giner. Lanzado por la penosa agitación constitucional del país fuera de la patria, encontróse allí frente á frente con la ciencia viva y actuante, con la clínica sistemática y armada, con el Laboratorio, con el verdadero taller científico. Fué una revelación, un bautismo del espíritu, para el joven semi-profesor, semi estudiante desterrado: ¡canal deficiente y tortuoso por donde penosamente han entrado, y siguen entrando, en nuestra patria, quizá los más valiosos accesos de la cultura y civilización contemporáneas!

Calderón se afilió en el acto en esa nueva religión intelectual que ante su pensamiento ávido se abría, y al poco tiempo era ya en ella un maestro: maestro solicitado con empeño por ilustres Universidades y acreditadísimos centros de enseñanza. ¿Le estorbó para esa rápida transformación la cultura filosófica y literaria en que fué educado? Antes bien le ayudó eficacísimamente: lección que convendría fuese por alguien recogida para servir de contribución al problema pedagógico, secundando puntos fecundísimos de vista de ilustres maestros y ahondando en esta compleja psicología, tal y como el P. Didon ha ahondado por ejemplo, al comparar la cultura alemana con la francesa.

Vuelto á España, reintegrado en su cátedra, Laureano Calderón fué desde el primer momento lo que ser debía, lo que estaba indicado por su génio, lo que la cultura de su patria necesitaba, lo que podía ser merced á la dichosa fecundación de su talento meridional latino por el espíritu reflexivo, laborioso y serio de las razas del Norte: un investigador originalísimo y un maestro de ciencia experimental. ¡Cuántas promesas en ambos sentidos no se abrieron para los amantes de la cultura patria ante aquella actividad nobilísima y generosa! Porque gérmenes tales son los únicos que han de encerrar nuestro porvenir. Y ya se sabe cómo obra todo germen. Apenas visible al principio, puede luego llenarlo todo.

Este empezaba ahora. En el Laboratorio, creación de su personal esfuerzo, hacía asíduamente la ciencia; en la cátedra fecundaba con entusiasmo la enseñanza. Profesaba la Química principalmente. En aquél tenía ya planteado y en vías de solución no pocos problemas trascendentales; en ésta su influencia bienhechora, inclinando el espíritu nacional de la juventud docta por las vías de la experimentación asídua y de la indagación objetiva, sentíase y se extendía con empuje creciente.

La cristalografía, esa morfología de los organismos en preludio; los explosivos, esa dinámica íntima que tantos misterios del porvenir encierra; la química de los fenómenos vitales, ese movimiento integral é individualizador de la materia, absorbían toda la atención, el alma entera, del joven experimentador y catedrático.

La cantidad de sugestión que aquel Laboratorio y aquella Cátedra desprendían, conquistando el alma inteligente y pensadora de la España moderna para la obra científica, eran enormes. ¡Ahora las calculará la ausencia!

En estos trabajos del insigne químico no había, sin embargo, tan sólo una labor germánica de minucias y de paciencia. El génio latino generoso y ámplio, ideal y sintético, vate y creador lo mismo pensando que sintiendo, estaba presente en ellos á toda hora. Así cada paso suyo en el Laboratorio, cada lección en la Cátedra, iban siempre potencializados por una idea madre, eran un grado y escalón en esa ascension perenne que empuja la humana conciencia hácia la unidad del saber y fuente de la vida: atracción

constante de su primera educación filosófica, á la vez que del temperamento individual de la raza. ¡Que, de este modo, Calderón habíase hecho sabio, y educaba para la ciencia á su patria, sin dejar de ser español y latino!

Tal era el Profesor. El hombre correspondía por completo á este mismo tipo. Espíritu equilibrado, cultura variadísima, persona de exquisito trato y de omnímodas aptitudes sociales, Laureano Calderón jamás fué el sabio hosco, incivil, extravagante y distraido de la leyenda, sino siempre el ciudadano ilustrado, el aristócrata del saber, que lucha y maniobra francamente en el ágora y en la academia por el triunfo de la verdad, por el reinado de la virtud, por el imperio de la filosofía y de la ciencia: no Spinoza taciturno y oscuro, sinó Leibnitz, elegante, sociable y en comercio perpétuo con su tiempo.

Sus inolvidables veladas en el Ateneo, tan mermadas por las árduas tareas que le embargaban, fueron otras tantas manifestaciones de este espíritu universal y de las complejas aptitudes que encerraba su inteligencia. La hermosa palabra de Calderón, su saber variadísimo, su ingenio brillante y profundo á la vez, lucían en ellas con verdaderos resplandores, ejerciendo inmensa seducción sobre cuantos le escuchaban.....

*
* *

De pronto toda esta obra sólida y grande que comenzaba á levantarse se ha venido al suelo; todas estas opulentas promesas han sido agostadas en flor; el atleta, joven aún y en el principio de la lucha, ha caido herido por muerte inesperada y sin causa. ¡Un simple azar de la fatalidad! ¿Se comprende ahora el vacío inmenso de tal ausencia, el valor de esa pérdida incomparable?

Porque, ya lo hemos dicho: oradores asombrosos poseémoslos en abundancia; nuestros poetas no ceden un ápice á los más encumbrados en otras naciones; no nos faltan literatos, escritores y artistas que valgan tanto como los que en otras partes valen. Sabios en cambio, verdaderos sabios originales, investigadores y creadores científicos á la altura de los que otros pueblos cultos ostentan, Calderones en una palabra, Linares, Menéndez Pelayo, Cajales..., apenas tenemos en España.

Por eso, cuando la muerte nos arrebata un Zorrilla ó un Barbieri, duelo inmenso debe afligir á la patria; cuando nos lleva un Laureano Calderón, ¡es una inmensa, una irreparable desgracia la que sufrimos!

RICARDO MACÍAS.
Del Instituto provincial de Valladolid.

OFRENDA PROFESIONAL.

I.

—¡Ya no existe! ¡El amigo noble y consecuente ha muerto! ¡El obrero incansable de la ciencia ha cesado en su trabajo! La patria ha perdido en él un preclaro hijo, la ciencia uno de sus más entusiastas apóstoles, la Farmacia española al sabio modesto, que con su talento la enalteció ante propios y estraños. Sus discípulos, sus amigos, su familia, la Facultad de farmacia, á la que tanto honró en vida, lloran hoy su irreparable pérdida; su nombre quedará grabado con indelebles caracteres en la historia de la ciencia que con tanto entusiasmo cultivó, y con tan raro talento supo trasmitir á sus discípulos.

Calderón fué toda su vida un carácter, le conocimos muy joven, cuando ambos éramos estudiantes, y, desde entonces data nuestra amistad, jamás interrumpida, siempre creciente, en todo tiempo sincera y leal, porque Calderón no era de esos séres que á medida que se elevan se enorgullecen y desdeñan á los demás, si que al contrario, cuanto más acrecentaba la aureola de su gloria; cuanto más se extendían el justo renombre, que con su talento se conquistaba, tanto más sencillo era en su trato, tanto más afable y cariñoso se mostraba con todos, y singularmente con sus amigos y sus discípulos.

Hizo Calderón sus primeros ensayos, como profesor, explicando la química general en una Academia de repaso, para alumnos de Farmacia, que por los años de 1869 al 71 existió en Madrid y de la cual formaban parte, también, sus compañeros y amigos, los entonces Ayudantes de la Facultad, hoy catedráticos, y además el que, con el infausto motivo de su irreparable pérdida, le tributa en estas lineas un sincero recuerdo. Ya entonces le caracterizaba la rara habilidad con que conseguía hacer faciles, á sus discípulos, las más difíciles cuestiones de la ciencia que les enseñaba. Ya se vislumbraba en él su aptitud para la cátedra, la lucidez de su talento, su facilidad de palabra, la claridad y método en la exposición de la doctrina, cualidades que tan justo renombre habían de darle, cuando elevado al sitial del catedrático, por su indiscutible mérito, dispusiera de más ámplio campo donde explayar su talento.

Era un carácter, hemos dicho, y bien lo ha demostrado durante su vida. Calderón fué siempre bondadoso y tolerante con el débil, afable y cortés con todos; pero, se rompía antes que doblarse ante el fuerte, cuando la opinión de éste se hallaba en contraposición con su manera de pensar, y, con su pretendida superioridad, quería avasallarle. No admitía imposiciones de ningún género: discutía, razonaba, procurando con la lucidez de su talento, auxiliado de su vasta erudición, demostrar al contrario el error en que estaba y la veracidad de su aserto; pero jamás transigía con lo que su conciencia rechazaba. De hombres de su temple no estamos muy sobrados, por desgracia, y por eso su pérdida es doblemente sentida.

La pauta que se trazó, como hombre de ciencia dedicado á la enseñanza, nos la expone en el epílogo del magnífico discurso que leyó en el Paraninfo de la Universidad Central, en la inauguración del curso de 1892 á 1893, en el siguiente párrafo:

«Estamos obligados los maestros á consagrarnos por entero al cultivo de la ciencia, »cuya enseñanza nos está encomendada, trayendo á lo menos á nuestro país las reverbera»ciones del pensamiento que en otros pueblos se elabora. Tarea ruda, más difícil cada día »y harto más penosa de lo que puede parecer á primera vista; pero tarea cuyo cumpli»miento lleva en sí su propia recompensa, cuando contribuye al progreso de la juventud.»

Así lo hizo el sabio catedrático; y, al bajar al sepulcro, al dejar este mundo de miserias, en que tantas veces tuvo que saborear la amarga hiel de la ingratitud y de la envidia, su conciencia le habrá dicho que cumplió como bueno.

Su vida toda la dedicó á la ciencia. En cátedra, como en el laboratorio, en el Ateneo como en la prensa y en la tribuna, brilló por su talento, demostrando su saber, su laboriosidad y erudición. La ciencia, la familia, la amistad, constituían su bello ideal. ¿Qué extraño, pues, que hoy le lloren quienes tanto amó?

Calderón, además de obrero infatigable de la ciencia, de padre y esposo amantísimo, de hermano ejemplar, de probo y recto ciudadano y de cariñoso y fiel amigo, era, como no podía menos de ser, quien por sus venas circulaba sangre como la que produjo los héroes del 2 de Mayo, un excelente patriota. Su patriotismo, su entrañable amor á España, su cariño al Madrid que le vió nacer; la nostalgia que producía en su alma sensible el recuerdo de los sitios predilectos en su niñez, el de sus amigos y condiscípulos, de los

que se veía alejado, le perjudicaron indudablemente, haciéndole preferir lo dudoso entre los propios, que le habían obligado á emigrar, á lo cierto con que los extraños le brindaban y que le hubiera proporcionado más halagüeño porvenir; pero, Calderón, antes de renunciar á la nacionalidad que simboliza la gloriosa enseña de Castilla, antepone su patriotismo á su propia conveniencia, sacrifica su porvenir y, confiado en sus propias fuerzas regresa á su querida patria, decidido á luchar por la existencia, trayendo como único patrimonio un nombre en la ciencia, conquistado en buena lid, á fuerza de estudio, de laboriosidad, de perseverancia, y, tal vez, de privaciones y amarguras, en países extranjeros, allí donde precisamente es más difícil á un extraño adquirir notoriedad y mucho más, si es español.

¡Cuántas veces nos ha referido el amigo querido, cuya pérdida tanto nos ha afectado, las vicisitudes de esa etapa de su vida! ¡Cuánto nos halagaba oirle referir las distinciones de que fué objeto en Francia y Alemania, por parte de los más reputados sabios de aquellos países! ¡Cuánto, y cuánto nos enorgullecía, que nuestro comprofesor y paisano, á quien nos unía antigua amistad, hubiera dejado tan bien sentado el pabellón de la patria, en países donde tan mal nos juzgan, no sé si con fundamento ó sin él!

El hecho es, que Calderón era más conocido y apreciado como hombre de ciencia, en el extranjero que en su patria. Allí, le distinguían, reconocían su valer, le tributaban honores, que no prodigan en verdad á los extraños. Aquí, pasaron años sin reintegrarle la cátedra, aquella cátedra que era de su única y exclusiva propiedad, adquirida en buena lid, como premio á su talento, que no la debía al favor ni la intigra; y.... ha muerto sin que nuestros centros científicos oficiales le hayan abierto sus puertas, cuando tan valiosos servicios hubiera podido prestar en ellos. ¡Cómo ha de ser!

Cúpole empero la gloria de haber sido el primer catedrático que en España ha tenido á su cargo la importante asignatura de Química Biológica, creándola entre nosotros, por decirlo así. El recuerdo que entre sus discípulos deja será imperecedero. Durante mucho tiempo resonará aún, en aquella cátedra que con tanto celo desempeñó, el eco de su voz; de aquella voz potente, que tenía la rara habilidad de llevar la persuasión, el convencimiento, al ánimo del que le escuchaba. Gran vacío produce en nuestro Claustro universitario la desaparición del mundo de los vivos, del que por su edad, por su talento y prendas personales estaba llamado á desempeñar importante papel en él. Irreparable pérdida ha sido la suya para la juventud que acudía á escuchar sus sabias lecciones. Lástima grande es, en verdad, que Calderón no las haya dejado consignadas en un libro, para que pudiésemos saborear su bello estilo, su clara dicción, la difícil facilidad que poseía, para hacer asequible al discípulo los más intrincados problemas de la ciencia química.

Calderón, al morir, ha dejado innumerables amigos, admiradores, todos, de su talento. Al cerrarse aquella fosa en que su inanimado cuerpo experimenta las metamórfosis de la materia, verificándose aquella serie de fenómenos que él explicaba á sus discípulos con tanta claridad y elocuencia, no puede menos de contristarse el ánimo y regarla con lágrimas de dolor.

El hombre ha muerto: solo nos queda de él sus restos que yacen en estrecho sarcófago, para restituir sus elementos á la madre naturaleza; los órganos que constituían aquél sér ya no funcionan; aquella inteligencia que los animaba cesó de brillar; su misión en la tierra ha terminado. ¡Ya no existe el amigo! ¡Lloremos su pérdida! ¡Conformémonos, empero, con los designios del Supremo Hacedor, que ha querido que nos preceda en el viaje hacia él y mientras nos toque realizarle, digámosle: ¡Adios! ¡Hasta luego querido amigo!

FRANCISCO ANGULO Y SUERO.—Madrid.

II.

Una lección.

La muerte de Laureano Calderón ha patentizado el aislamiento en que vive la ciencia en España. Todos los medios de publicidad se aunaron para tributar honores fúnebres de primera clase al profesor eminente, pero en vida ¡cuán poco le alentaron en la prosecución de sus trabajos científicos!

¿Cabe mayor heroismo que sentirse con todos los talentos para brillar en el teatro de los grandes éxitos sociales y, no obstante, perseverar oscuramente en el retiro de un laboratorio consagrado á la solución de problemas científicos?

Lanzándose al bullicio del mundo, el nombre del elocuente ateneista se hubiera popularizado por el mérito de su hermosa y persuasiva palabra y por la genialidad de sus ideas, pero á los halagos del rumor público prefirió el contentamiento interior de su espíritu, engendrado por el amor á la verdad.

Calderón al morir dió á sus conciudadanos una doble lección, revelando la glacial indiferencia que envuelve á cuantos no acrecientan el mundanal ruido con sus voces y ademanes histriónicos, y la cruel necesidad de bajar de la ciencia pura á sus aplicaciones, para alivio de la situación menesterosa en que los cultivadores de aquélla viven en nuestra sociedad.

Al honrar la memoria del que hubo de vivir á disgusto por deficiencias del medio psíquico de su patria, no olvidemos su malograda vida, para instar á la sociedad á que convierta los ojos hacia lo que tanto le interesa, si se decide á entrar en las vías del verdadero progreso. Si persiste en posponer la producción científica á las otras manifestaciones de la vida intelectual, negándole el calor fecundante de su obsequiosa solicitud, solo recogerá lo que siembra, huecas declamaciones, pero no ciencia positiva.

JOSÉ R. CARRACIDO.
Catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central.

III.

Un adiós del corazón.

La ciencia patria ha perdido uno de sus representantes más ilustres.

El sabio profesor de Farmacia D. LAUREANO CALDERÓN ARANA ha muerto!

Era un patriota de alma grande, un escritor de preclaro ingenio, un maestro incomparable, un amigo fiel y cariñoso. . . . . .

Recorrió el mundo, escuchó las lecciones de los químicos más sabios de la Europa, y trabajó con ellos; vivió en ciudades suntuosas, magníficas, inmensas, rodeado de personas queridas, pero jamás olvidó á su hermoso país.

Con su clarísimo y genial talento, con su gran laboriosidad, con su firmeza y perseverancia ha mantenido en todas partes el prestigio de esta gloriosa y queridísima tierra española.

Entre nosotros ha pasado su vida en el laboratorio y en la cátedra.

Un hombre honrado que trabaja, un sabio que instruye á la juventud... ¡Oh, qué cosas tan hermosas!

Cuando en la soledad de mi gabinete de estudio pienso en que no late ya su noble y generoso corazón, una onda de amargura cubre de lágrimas mis ojos.

Era grande y sencillo. Ha hecho siempre el bien, ha sufrido, ha muerto.

¡Adios para siempre mi buen amigo!

EUGENIO PIÑERÚA ALVAREZ.
Catedrático de Química general en la Universidad de Santiago.

Santiago 28 de Marzo de 1894.

IV.

Sres. Siboni y Bellogín.

Mis distinguidos amigos: Me piden VV. en su atenta carta mi concurso para rendir un homenage de cariño á nuestro malogrado compañero D. Laureano Calderón. Siento mucho que mi estado delicado de salud y mis múltiples ocupaciones me impidan contribuir, como quisiera, á tan laudables propósitos.

Solo diré estas breves palabras, que escribo en el Laboratorio.

Calderón era un hombre de gran cultura general, que hablaba muy bien y escribía mejor. Sus discursos en el Ateneo, el de apertura de la Universidad Central y algunos artículos sobre investigaciones científicas, que publicó en francés, son prueba evidente de lo mucho que valía y de lo que era capaz, si la muerte no le hubiera arrebatado en los momentos en que, quizá, se disponía á hacer nuevas revelaciones de su profundo saber y ciencia.

Descanse en paz. Su memoria vivirá siempre entre nosotros como la de otros ilustres maestros que tanto honraron la Farmacia pátria.

Queda suyo afectísimo amigo y compañero

GABRIEL DE LA PUERTA.
Catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central.

Marzo 21 de 1894.

V.

Monsieur le Directeur de LA PHARMACIE MODERNE. — Madrid.

C'est avec une profonde douleur que j'apprends la perte soudaine que vient de faire la science en la personne de D. Laureano Calderón.

Les quelques jours passés auprès de lui, il y a deux ans, ni avaient suffi pour apprécier toute la valeur de celui que je pleure avec vous.

Je vous serai reconnaissant d'être dans cette circonstance l'interpréte de mes sentiments de vive sympathie auprés de sa famille et de ses amis.

Veuillez agréer Monsieur l'assurance de mes meilleurs sentiments.

A. DOMERGUE.
Professeur á l'Ecole de Medicine de Marseille, Pharmacien en chef des Hôpitaux Civils.

Marseille le 18 Mars 1894.

VI.

Sr. D. Luis Siboni.

Querido amigo: No sabe V. bien lo mucho que le agradecí en aquellos tristes momentos su cariñosa y cortés invitación para que contribuyese con mi torpe pluma, como íntimo y admirador de nuestro malogrado amigo D. Laureano, á la confección de un número de LA FARMACIA MODERNA, que sus directores pensaban dedicar íntegra á la gratísima memoria del más ilustre de sus colaboradores y del mejor y más querido de los amigos.

Después de aceptada la invitación, empeñado en infructuosa tentativa, forzoso ha de serme confesar ingenuamente que no puedo, que no encuentro manera de dar cima á mi tarea. Anonadado aún por la fatal é inesperada noticia, me es imposible coordinar ideas: por vez primera en la vida no puedo expresar con la pluma lo que piensa mi cerebro y siente mi corazón.

En contínua y frecuente correspondencia con nuestro inolvidable amigo, fresca aún la tinta de su última carta é ignorante de su traidora enfermedad y del curso rápido de la misma, recibí la noticia de su muerte sin poderlo creer ¡sin quererlo creer! Forzoso me fué bien pronto rendirme ante la triste verdad. Laureano Calderón, el sabio maestro, el hombre cariñoso sin igual, había muerto y con él la patria había perdido la representación más genuina de la ciencia, su familia en el ser más querido, un idólatra y nosotros..... nosotros, sus amigos, aún no podemos darnos cumplida cuenta de lo que hemos perdido.

Ausente de Madrid, alejado por tanto de la triste realidad de las cosas y sin detalle alguno de tan tremenda catástrofe, me se resiste el creer lo sucedido; antójaseme pertinaz pesadilla y no puedo convencerme de que ya nunca jamás estrecharé la mano de Calderón, ni escucharé aquella su elocuente persuasiva y cariñosa palabra.

Mis ojos, querido amigo, se anegan de lágrimas y mi pensamiento de tristezas. Me es imposible continuar.

Dispénseme si no puedo ofrecerle para la memoria de tan llorado amigo más que esta ofrenda, bien pobre considerada literariamente, pero exuberante en sentimiento que adormece mi inteligencia y solo me consiente manifestaciones de dolor imposibles de ser traducidas por la pluma.

Aplaudo el noble pensamiento de los directores de LA FARMACIA MODERNA: honrando á Calderón muerto cumplimos un deber sagradísimo, los que cuando vivió fuimos por él honrados con su buena amistad.

Adios amigo Siboni: sepa una vez más el sincero afecto que le profesa.

CÉSAR CHICOTE.
Director del Laboratorio municipal.

San Sebastian 10 de Marzo de 1894.

VII.

Soy partidario fervoroso de la prensa periódica, por la civilizadora misión que desempeña; pero reconozco que se dan en ella deficiencias lamentables.

Pasando la vista por la prensa política y hasta por muchas de las revistas científicas de nuestro infortunado país, se nota desde luego un desconsolador contraste.

Mientras llenan sus columnas con extensos artículos plagados de frases encomiásticas, acompañados muchos de ellos de excelentes grabados, con el único y exclusivo objeto de universalizar el nombre de banqueros, aristócratas ó políticos vulgares, etc., es inútil buscar en las referidas columnas datos y antecedentes que sirvan para dar á conocer y popularizar al hombre de estudio, y algo de esto ha ocurrido con el malogrado Calderón.

Disputado por las Academias extranjeras; respetado en Francia; querido y mimado en Alemania; propuesto en primer término por todas las eminencias científicas para presidir el Congreso celebrado en Pau; profesor en Universidades extranjeras; autor de trabajos notabilísimos, escritos en francés y en alemán, este español eminente ha demostrado de un modo práctico, que, cuando en el sagrado retiro de su Laboratorio, dedicaba sus maravillosas facultades á las especulaciones científicas, producía en una hora de labor, más beneficios á la humanidad, aportaba más cúmulo de materiales para el progreso y cultura de los pueblos, que los aportados en un siglo por toda esa pléyade inmensa de poetas ripiosos, cómicos amanerados, literatos hueros y académicos de *influencia*, tan frecuentemente ensalzados por la prensa, y que en mi humilde concepto, solo sirven para adulterar el idioma de Cervantes.

¡Descansa en paz, infatigable obrero de la ciencia! y no te preocupen estas interesadas desigualdades; pues desde la mansión de los justos donde reposas, contemplarás el hermoso ejemplo de solidaridad que hoy te ofrecen tus modestos compañeros de profesión, quienes saben de una manera positiva que la posteridad es la encargada de hacer justicia.

DR. AQUILINO MACHO.

Saldaña (Palencia) Marzo de 1894.

VIII.

Los que conocímos y tratamos á Calderón, admirábamos en él, al filósofo, al naturalista, al químico, al orador y al político, porque en todos estos conceptos lucía su clara inteligencia y se abría camino entre los más sabios.

No deja al morir nuestro inolvidable compañero una de esas obras que inmortalizan un nombre, pero en cambio queda entre nosotros el recuerdo imperecedero de su talento, de su trato agradable, de su rectitud, y muy particularmente, el de su incansable laboriosidad digna de ser imitada por todos.

J. R. GÓMEZ PAMO.

Catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central.

IX.

¡Pobre Calderón ...! Si eran acertados tus radicalismos filosóficos, si eran ciertas tus ideas negativas acerca de ultratumba....., todo ha concluído para tí. Si te equivocaste, por el contrario,—y las equivocaciones en este punto por fuerza han de ser muchas, ya que son tantas y tan variadas las opiniones de los hombres sobre cuestión tan obscura y misteriosa;—si las soberanas energías que fulguraban en tu espléndida inteligencia no encontraron aquí, en la mezquina tierra, ni equivalente mecánico, ni químico, ni lumínico, ni eléctrico, ni magnético en que transformarse; si allá se fueron con tu espíritu, dejando aquí, por ser ellas de otro orden más excelente y superior, intactas é integras en su cantidad, firmes é inconmovibles en sus leyes á las demás energías naturales; si, en suma, y como firmísimamente creo, el espíritu sobrevive al cuerpo, y al tuyo, conforme á mis votos y deseos fervorosos, hánle preparado mansión de paz y de luz inextinguibles la buena fé con que profesabas tus ideas, y sobre todo, las inagotables bondades y misericordias de Dios, y si, por último, llegan hasta tí los tristísimos ecos del dolor arrancado al corazón por la noticia de tu muerte; tú sabes, ¡pobre Calderón! cuán viva y honda fué mi pena al recibir la infausta nueva, y seguro estoy de que habrás aceptado con gratitud cariñosa las honras fúnebres, que, dictadas por el corazón, tributé en aquellos momentos á tu memoria querida.

¡Pobre Calderón.....! Es de asueto profesional la hora en que aquí se recibe el correo, y hallábame el 6 de Marzo y á esa hora rodeado de algunos amigos, el médico entre ellos, compañero y amigo cariñoso, corazón siempre abierto al entusiasmo por todo lo que es grande y noble. *El Heraldo de Madrid* fué el portador de la tristísima noticia.... Leí el artículo necrológico, con voz entrecortada por la emoción. Hice después, lo mejor que pude, el panegírico de tus méritos excepcionales; y como en el fondo de todas las almas, cuando la pasión no las ciega ó las perturba, hay siempre admiración para todas las verdaderas grandezas y cariñosa compasión para todos los grandes infortunios, desde aquí, desde este apartado rincón de Navarra, acaso por tí ignorado, y tegida por personas, que, excepción de algunas pocas, momentos antes desconocían hasta tu nombre, se elevó

á la región donde moran los espíritus, en busca del tuyo, una mística corona de piadosas bendiciones y de melancólicas simpatías. La lectura de tu semblaza, trazada, hace ya algunos años, por la brillante pluma de Siboni, puso término á esta singular é improvisada sesión fúnebre, y á casa me volví con mis tristezas á meditar en las desgracias de nuestra profesión y de la ciencia. ¡Qué hermoso es y cuánto debe agradar á quienes lo reciben este culto sincero y generoso de los corazones sencillos!

¡Pobre Calderón.....! Una vez tan sola tuve la honra de conversar contigo; cuando, tres años justos exactamente antes del día de tu muerte, me presentaron á tí tus amigos ahora inconsolables, los Directores de esta Revista, en el que era teatro de tus triunfos esperimentales, en el templo donde rendías á la ciencia fervoroso culto, en tu laboratorio de la calle de Carretas. El local olía fuertemente á almizcle y sobre una mesa de trabajo se destacaban dos grandes vasos de cristal llenos de líquidos de cultivo: dos detalles á primera vista insignificantes y que, sin embargo, estaban estrechamente relacionados con dos importantes problemas á que recientemente había dado solución completa tu peregrino ingenio; la obtención del llamado almizcle artificial y la determinación de la naturaleza microbiológica de las extrañas manchas, que inutilizaban para la venta aquellas preciosas alhajas de oro mate. Múltiples trabajos de esperimentación solicitaban con apremio tu actividad y tu talento, y sin embargo, aún te sentías con aliento para proyectar una obra atrevida, la publicación de un libro de Química general, pero general en todas sus acepciones, pues en él, según la sinopsis que nos enseñaste, habían de ser comprendidos todos los cuerpos de la Química, así simples como compuestos, sin su distinción aún subsistente en orgánicos é inorgánicos. ¡Cuántas veces he recordado aquella instructiva y gratísima entrevista, que ya nunca ha de repetirse!

Acepta ¡oh, sabio malogrado! estos recuerdos y estas confidencias íntimss como homenaje á tu memoria. Otros sabrán cantar dignamente tus triunfos y tus conquistas inmortales.

Al verte desaparecer en las misteriosas sombras en la muerte, á tí maestro ilustre y eminente sabio, que tantos laureles conquistaste para tu patria, para tu profesión y para la ciencia, no es extraño, que nos vistamos de luto y que lloremos sobre tu sepulcro. Lloramos perdida una hermosa realidad y desvanecida una gran esperanza. Hemos visto apagarse, cuando mayor era su brillo, una de las pocas estrellas de primera magnitud, que iluminaban los horizontes de la Farmacia y de la ciencia nacionales.

¡Pobre Calderón....! ¡Descansa en paz!

JACINTO BARANGUÁN.

Sesma (Navarra) 14 de Marzo de 1894.

X.

Cuando todos los farmacéuticos estamos agobiados por el abrumador peso del más calamitoso de los tiempos por que ha atravesado la farmacia española; con gobiernos que usufructuando nuestros derechos, aún nos fustigan con la postergación en el cónclave de las ciencias médicas; cuando tan frecuentemente se nos molesta imponiéndosenos las gabelas del mercader, se cierra los ojos al intrusismo, se fomentan las farmacias militares y se toleran esas boticas de perro chico y esa cuarta plana de los diarios políticos, preñada de reclamos y anuncios antiprofesionales; cuando todo esto ocurre, llenando de desconsuelo el corazón y entibiando los ánimos del más entusiasta por las ciencias médicas, á quien rinda fervoroso culto, la *Parca*, traidora en su invisible ruta y con su implacable

segur, ha venido á segar la vida de una de las inteligencias más esclarecidas; de uno de los talentos más profundos, y uno de los sabios más preclaros.

Tal era, *D. Laureano Calderón.* A la hora de su muerte, como sino estuviéramos suficientemente abatidos por el estado actual de nuestra profesión, viene esta pérdida á sumar un nuevo dolor, á torturar aquel nuestro entusiasmo.

Lumbrera del saber en las ciencias quimicas, cuyas fulguraciones se destacan esclareciendo el misterio de la biología. Orador cultísimo que á la galanura del decir aunaba aquella dialéctica que persuade y cautiva con su castiza palabra. ¿Has muerto? no, porque aquí queda el germen de tus iniciativas y actividades y entre nosotros dejas sembrada la sana semilla de tu ciencia progresiva cuanto exacta.

Supistes descifrar el arcano de esas perlas cristalinas, que tanto cuesta á la humanidad producir, ora en las penas, ora en alegrías *¡las lágrimas!* las mismas con que llenaremos el vacío que tu lugar deja, y las que lloraremos siempre por tu ausencia.

EMILIO DURÁN REDONDO.

Villanueva del Fresno (Badajoz) Marzo 20, 1894.

XI.

Para desdicha de la ciencia y eterno duelo de la Farmacia española, el Dr. D. Laureano Calderón y Arana ya no existe.

Ha muerto el farmacéutico eximio, el profesor filósofo, el ciudadano integérrimo, el hombre de las grandes energías; y ha muerto, no como el ser que ha recorrido el ciclo completo de laboriosa existencia, sino como planta malograda en la plenitud de florescencia esplendorosa, próxima á dar ópimos frutos.

Por esto, no sólo la prensa profesional se ha cubierto de negros crespones, en señal de luto: la política también y las corporaciones científicas de España entera se han unido á la manifestación del dolor que sentimos, porque el Dr. Calderón, con toda justicia, era considerado como una de nuestras más legítimas glorias en el campo de las ciencias naturales.

Y como no poseía, que sepamos, otro título académico que el de Doctor en Farmacia, es aún mayor nuestro quebranto, pues su personalidad científica nos pertenecía por completo.

No tuvimos ocasión, que hubiera sido gratísima al ánimo, de conocer personalmente al Dr. Calderón y Arana; pero, en cuanto lo permitieron las condiciones en que vivimos, procuramos absorber, cual oscuro planeta, algún rayo luminoso de aquel astro de primera magnitud, cuyos espléndidos fulgores irradiaban de su cátedra de Química biológica, de la tribuna del Ateneo de Madrid, de los Congresos internacionales de Química, de sus artículos en la prensa y de sus conferencias y discursos. ¡Tan dilatado fué el ciclo en que brilló aquel sol del Universo de la Ciencia!

Pregonen otros sus méritos científicos: ensalcen, si quieren, las virtudes del ciudadano: nosotros no sabemos hacer más que lamentar su temprana muerte, pues el Doctor Calderón y Arana era, en nuestra humilde opinión, el primer apóstol de la moderna Filosofía química en España.

Si alguien considerase exagerado lo que decimos, y recordare nuestra evidente falta de autoridad para afirmar tal aserto, le contestaríamos que los pequeños formamos á los grandes, sirviendo de término de comparación, y que el breve metro es el que da idea de la longitud del kilómetro.

Tan íntima es nuestra convicción en este punto, que á menudo nos preguntamos, con verdadera zozobra, ¿quién le reemplazará sin notoria desventaja para la Ciencia y para la profesión?

Perdone el lector si aparecemos asaz pesimistas, ó tal vez injustos: acaso la intensidad del dolor perturba, en este instante, nuestra inteligencia.

Permítasenos, sin embargo, este desahogo del espíritu verdaderamente contristado, único tributo que nos es dable ofrecer á la buena memoria del maestro eminente.

No se nos podrá culpar de aduladores, porque la lisonja nunca llega más allá del sepulcro.

Felices los que, como el Dr. Calderón, mueren siendo llorados por propios y extraños y acallando para siempre la voz de la envidia; pero cuán sensible es que, al abandonarnos, se lleven las ilusiones todas que hicieron concebir y tantas esperanzas como supieron despertar!

FRANCISCO GELPÍ.

Gracia Marzo de 1894.

XII.

Apenado mi espíritu por las pérdidas recientes de familia en el plazo cortísimo de quince días, llega á mi noticia la inesperada muerte del eximio D. Laureano Calderón. Esta nueva desgracia, viene á aumentar mi sentimiento, porque si bien no me ligaba á él una de esas amistades íntimas que pueden llamarse de toda la vida, era lo bastante para que sienta cual debe sentirse la pérdida de un amigo. Además, yo he sentido hacia Calderón la atracción y la admiración que solo inspiran los sabios, porque él lo era. Y en efecto, su laboriosidad, su talento, su erudición, los servicios prestados desde la cátedra á la enseñanza como peritísimo maestro y sus escritos en Revistas profesionales, han sido motivos suficientes para que su nombre haya sido altamente considerado y respetado, por cuantos han conocido sus especiales merecimientos, y hoy delante de sus restos yertos é inanimados, reclaman se le tribute el homenaje que con tanta justicia se le debe.

Docil en frente de ese deber moral é ineludible, abro un pequeño paréntesis en el sentimiento propio de familia, para cumplir con el comprofesor y con el amigo, y para asociarme al sentimiento general de la clase, por la irreparable pérdida que ha esperimentado, pues Calderón ha bajado al sepulcro, cuando más podía esperarse de sus iniciativas y de su fecunda inteligencia. Tan prematura muerte ha venido á segar en flor todas las esperanzas, no quedando como recuerdo positivo otra cosa, que un hueco en la ciencia que difícilmente se llenará, una página en la historia y el duelo impreso en el corazón de cuantos le conocimos.

Esta es la vida.

¡Que Dios omnipotente en sus secretos designios le haya tenido en cuenta sus especialísimos servicios, como esclarecido obrero de la ciencia!

Zaragoza. RICARDO J. GÓRRIZ

XIII.

En los albores de su juventud, ya se distinguía entre sus condiscípulos por su aplicación y aprovechamiento. Al terminar sus estudios para graduarse de Bachiller, empezó (lo que es natural en estos casos) la duda para la elección de carrera. Una promesa, (que luego no se cumplió) decidió el asunto, y se matriculó en preparatorio de Farmacia.

Todavia me parece verle salir de aquella cátedra de análisis, (donde estaba de ayudante con el Dr. Rioz,) vivo, afectuoso y simpático, captándose el respeto y cariño de sus condiscípulos.

Terminada la carrera, cada uno fué á ocupar un puesto y no volví á verle, hasta que deseando traspasar la Farmacia que yo tenía en Marmolejo, quiso adquirirla valiéndose para ello de un amigo de toda su confianza, con objeto de dejarme en completa libertad para obrar y pedir por ella.

¡Pobre amigo mío!

Hace dos meses hablé con él por última vez. Nuestra conversación se prolongó, (por más que á su lado era el tiempo corto,) pues fueron muchos los puntos que se trataron, puntos que yo proponía con objeto de escuchar aquella palabra tan autorizada que cautivaba por su saber.

¡Qué pronto nos abandonaste, cuando tanta falta hacías!

Descansa en paz y ten presente que tu recuerdo vivirá, mientras vivan los que tuvieron la suerte de tratarte.

Pareja (Guadalajara) Marzo de 1894. ANTONIO RODRÍGUEZ.

XIV.

Le conocí el año 1869, siendo aventajado ayudante de la cátedra de análisis química, en la Facultad de Farmacia él, y yo modestísimo alumno de dicha asignatura.

Desde aquella fecha—en la que ya se revelaban sus excepcionales dotes de químico eminente y operador habilísimo—he venido siguiendo paso á paso su carrera triunfal por el espinoso camino de la ciencia, y sintiéndome orgulloso de vestir la *morada muceta*, porque él también la vestía y ostentaba, si bien honrándola y enalteciéndola hasta donde nos está vedado hacerlo á los que jamás pudimos ni supimos traspasar los umbrales de la más rutinaria vulgaridad dentro del campo del saber.

Desde el oscuro rincón de mi oficina—y aprovechando los escasos ratos de vagar que el monótono y enervante ejercicio práctico de la profesión consiente.—le he admirado en sus obras, y le he contemplado absorto, viéndole remontar el vuelo de su razón privilegiada hasta tocar los límites más altos, en investigaciones de un orden superior.

Le he visto--con satisfacción íntima de mi sér,—ganarse en buena lid el aprecio universal de verdaderos sabios, como tales reconocidos en diversas naciones, y que como *primeras figuras* están reputados en el mundo científico.

Todo esto, unido á la integridad de su carácter, que nadie logró doblegar, á la firmeza de sus convicciones, á la bondad inagotable de su bello corazón, traducida en hechos hermosos, verdaderos efluvios de un alma grande y pura, hácenle aparecer ante mi vista como hombre superior, cuya prematura muerte no ha de ser nunca bastante sentida.

Calderón ha muerto, es evidente: forzoso es rendirse á esta triste realidad. Pero si para el mundo de los vivos ha dejado de existir, en los anales de la *Historia del progreso humano y la civilización* juzgo que ha logrado conquistarse un puesto distinguido, simbolizado en la palma de la inmortalidad, como justo galardón á sus relevantes é indiscutibles méritos.

Soria 24 de Marzo de 1894. DR. BONIFACIO MONGE.

XV.

Aunque el Dr. Calderón ha muerto, no le hemos perdido para siempre. Cuando un hombre de tan raras cualidades baja al sepulcro, precisa desechar por aterradora la hipótesis materialista y confortar el ánimo admitiendo otras más consoladoras. Más allá de la huesa hay algo.

Dios no se complace en encender esas luminarias que alumbran á grandes intérvalos á la humanidad en su camino, para dejarla á obscuras de repente, porque esto sería negación de su gloria.

Y si la muerte no sirviere á la renovación universal, habría que maldecirla como el panegirista de Marco Aurelio.

Pero el genio no muere: lo único que hace es cambiar de medio, buscar un ambiente más puro, una atmósfera más respirable y su espíritu sigue inspirándonos: si, hay que creer en la inmortalidad del espíritu.

Este es el ideal pagano. y así el más grande de los poetas latinos Virgilio, al referir en su *Eneida* la visita de Eneas á los infiernos, coloca en sitio ameno á los maestros que embellecieron el vivir con artes y disciplinas útiles y supieron vencer los desdenes del olvido haciendo el bien, y su discípulo Dante, al relatar en su *Divina Comedia* medioeval su bajada al infierno, por él guiados, señala también paraje encantador al universal maestro del saber, Aristóteles, á quien encontró rodeado de sabios, siendo Sócrates y Platón los que tenía mas próximos.

Este es también el ideal cristiano, que los sitúa en la gloria, por lo que tienen de justos, gozando de la visión beatífica.

Y este es, por último, el ideal filosófico, que nos los presenta formando parte quizá de otras creaciones muy superiores á esta tan mísera á que pertenecemos y que estamos llamados á recorrer, perfeccionándonos en alas de un progreso indefinido.

Por eso, por más que nosotros en nuestra orfandad lloremos la dolorosa pérdida de las almas superiores que nos dejan, por haber adquirido tal vez la perfección suficiente para ascender á otras esferas, ellas cumplen los designios de Dios y, reconociéndolo así, cuando el sentimiento deje lugar á la reflexión, solo nos resta inspirarnos en el ejemplo que nos dieron, las que por Él escogidas y llamadas, *dejaron señal de su paso por la vida*, según la expresión del eminente Sanz del Rio.

EDUARDO VIDAL

Olmedillo de Roa (Burgos).

XVI.

El que se consagró á resolver los más árduos y profundos problemas de la ciencia de la balanza, de la ciencia que estudia los amores, los ódios y hasta los celos de los elementos atómicos, de la ciencia de las metamórfosis, en una palabra, de la Química; el que cultivó muy especialmente la parte de ésta, que estudia las combinaciones de aquellos elementos bajo la influencia de la fuerza vital, que se ocupa de los fenómenos químicos resultantes de la vida, hasta en la muerte de los organismos,—Química Biológica,—de la cual era profesor distinguido, ha dejado de existir, al cumplirse en él la ley fatal de los séres dotados de vida.

Pero la Historia de esta misma ciencia le concederá un puesto entre sus hijos predilectos, su recuerdo vivirá entre nosotros y su espíritu vivificará las generaciones que han de sucederle.

Peregrinó en este valle de lágrimas, haciendo beneficios á la humanidad y, como trabajó mucho, era natural que cayese pronto.

Honremos su memoria, no con sentimentalismos, sino proponiéndonosle como modelo y procurando imitarle, cada cual dentro de sus facultades. Así cumpliremos nuestro deber, acrecentaremos su gloria y éste será el mejor tributo que podremos ofrecer á su recuerdo.

Valladolid Marzo de 1894. GERARDO GIMÉNEZ.

XVII.

La Farmacia española está de luto, y los farmacéuticos lloramos la muerte del maestro eminente, del filósofo profundo, del orador fogoso, del verdadero patriota.

Espíritus rectos y bien templados, como el de D. Laureano Calderón, necesita nuestra asendereada facultad, para no sentir los desmayos de la más profunda desorganización; y por esto su muerte es una desgracia profesional.

Un hombre que sobresalió por su gran sabiduría y su poderosa imaginación, é hízose notable por su amor inmenso á la Patria y á la profesión farmacéutica, hasta el punto de preferir la vida modesta del catedrático español á la opulenta posición que gobiernos extranjeros le ofrecieran, bien merece la más alta estima de discípulos y comprofesores y de todo buen español.

¿Cómo no hemos de llorar al insigne maestro, los farmacéuticos que deploramos la decadencia profesional, si en él veíamos un ejemplo vivo de amor á la patria, de amor á la ciencia, de desprecio á la ingratitud y de fe en el porvenir?

Sólo los sabios como Calderón son capaces de despejar algún tanto el horizonte de la clase farmacéutica, que á nosotros se nos antoja oscurísimo.

Y si aquel cerebro privilegiado produjo sus misteriosas sacudidas, para desprender sus más refulgentes destellos sobre la Farmacia é iluminar su camino, no cumplimos con menos que con depositar en su tumba una modesta florecilla, espigada por el cariño al sabio, en el estéril campo de nuestra imaginación.

Plasencia 23 de Marzo de 1894. J. ROSADO Y MUNILLA.

XVIII.

Con la muerte de Calderón se ha perdido algo más que un sabio, se ha perdido una de las esperanzas de redención de la Farmacia patria.

Admirada en el extranjero esta gloria nacional, que á la vez era orgullo de nuestra Facultad, con sus elevados puntos de vista y su energía inagotable habria conseguido regenerar la profesión.

Dios haga, que al morir una de las lumbreras con que nos honrábamos, no degenere nuestra pena en abatimiento y que, no olvidando sus ejemplos, rindamos el mejor tributo á la memoria del eminente profesor de Química Biológica.

Hornachos (Badajoz.) CESÁREO MUÑOZ.

XIX.

Los génios científicos son destellos desprendidos de la corona del Eterno.

Calderón era una gloria nacional y con su muerte la Farmacia ha perdido un esclarecido varón, los centros docentes un sabio verdadero, y España un hijo de los más ilustres.

Aun cuando la parca cruel tiende sus negras alas sobre su tumba y su recinto llene de terror y espanto á cuantos á él se acerquen, todo farmacéutico que estime en algo á la clase debe derramar una lágrima sobre su sepulcro.

Medina del Campo, Marzo de 1894. ANTONIO VELÁZQUEZ ALONSO.

XX.

Una sabia inteligencia, un noble corazón y un espíritu de justicia, son *todavía* en nuestra España, la mejor garantía para una muerte prematura. La adaptación á un medio en el que imperan las nulidades, las envidias, los rencores y las conciencias maleables, había de serle fatal á nuestro muy querido y sin par maestro.

Entonen el *Hosanna* sus émulos, pero no ignoren que, en el mundo de los vivos, se llora y se glorifica á los muertos ilustres.

Tarrega (Lérida.) MANUEL FONT.

XXI.

Cuando, volviendo la memoria á la edad de los verdores, recuerdo la noble figura del ilustre Catedrático consagrando sus ócios á la música, y departiendo en amigables pláticas sus envidiables disposiciones artísticas, exclamo ¡Calderón, no era solo hombre de ciencia! En efecto, su corazón era también de artista, y músico de grandes vuelos.

Cuando contemplo los inclinados abismos que se abren á nuestra profesión y á la ciencia, de la que era eminente sacerdote, no puedo menos de exclamar ¡Calderón, fué el fiel guardador de sus derechos!

¡Gloria al inolvidable químico!

Santiago 14 de Marzo 1894. ENRIQUE DE CUENCA ARAUJO,
Ayudante de la Facultad de Farmacia.

XXII.

Dos sentimientos.

Al mismo tiempo que el féretro de la que durante trece años fué mi querida esposa, se ha cerrado el del sabio D. Laureano Calderón.

¡Qué vacío tan grande en este modesto hogar!

¡Qué vacío tan inmenso en el dilatado campo de la ciencia!

Bayona (Pontevedra.) C. DEL RÍO.

XXIII.

Si las Ciencias lloran la muerte de un sabio, al desaparecer de la tierra D. Laureano Calderón, el profesorado farmacéutico pierde, sin duda alguna, su representación más alta.

Villaherreros (Palencia.) AURELIANO DEL VALLE Y MARCOS.

XXIV.

¡Calderón! Al extinguirse la existencia de este sabio, ha desaparecido una de las más legítimas esperanzas de nuestra regeneración profesional. ¡Descanse en paz!

Espinosa de los Monteros (Burgos) 21 de Marzo de 1894.—LÁZARO ASTARLOA.

XXV.

La Farmacia ha perdido su hijo más ilustre..... La ciencia su libro más valioso y todos nosotros el más sabio de los maestros.

Santibañez (Zamora) 20, 1894. E. POSSETTI.

XXVI.

No se borrará su recuerdo de mi memoria; pues, además del cariño que le profesaba, he tenido la triste suerte de ser el último alumno á quien en clase había designado para conferencia. DANIEL RETUERTO.—Madrid.

Advertencia.

Como complemento interesante y, más aún casi necesario, á la delicada cuanto valiosa colaboración que nos ha servido para dedicar este número á la memoria de nuestro querido amigo y sabio colaborador, se echa de menos una detallada noticia crítica de sus escritos científicos y sus estudios originales de experimentación.

Los Directores de LA FARMACIA MODERNA lo reconocen así; pero con igual ingenuidad hacen constar que, á pesar de haberla previsto no han podido evitar tan sensible deficiencia. Pensaron desde luego, en encargar tan delicado trabajo á uno de sus distinguidos colaboradores y cuentan con su entusiasta promesa de realizarle; pero les ha faltado tiempo para completar todos los datos y registrar todos los documentos que se necesitan en esta clase de informaciones y continúan ocupándose todavía en esta labor.

En cuanto logren ultimarla, publicaremos el trabajo cuya lectura, seguramente, afirmará más todavía los homenajes de cariñosa admiración que hoy tributamos al eminente y malogrado profesor.

Valladolid: Establecimiento tipográfico de HIJOS DE J. PASTOR.